



LA Roca DEL URLEY.

Cerca de Saint-Goar y de Oberesel se oscurece el Rhin; despojadas de verde sus riberas, se levantan formando áridas colinas, que ocultan los valles vecinos; sus sombras se dibujan profundamente en el río, ennegreciendo sus aguas. Una roca áspera, escarpada y que parece formada de bastas escamas, se destaca avanzando como una fantasma sobre uno de los recados del Rhin: tal es la Lurlápersen. En su base se ostentán las ondas espumosas y alborotadas; si el viajero exhala un grito, el eco lo repite quince veces, que parecen otras tantas voces invocadas ó amenazadoras. Bajo un cielo sombrío, cuando el viento silba agitando las ondas, se siente una extraña impresión al oír estas voces vibrantes que parecen salir de las profundidades de la roca. La imaginación de nuestros antepasados no podía dejar sin espléndon este fenómeno tan admirable. Refiere la leyenda haber sido habitada esta roca por una bella joven; al aproximarse la noche, durante las tempestades, sentábase sobre la roca, adornada de ricas vestiduras; y cuando á los ruidores de la tempestad y de las aguas cantos maravillosos, atacaba á las imprudentes al abismo, en donde les esperaba la muerte.

Quién era esta imprecable sirena? unos dicen que una ondina; otros que la hija de un conde maldecida por su madre.

Refiérense otras muchas apariciones semejantes en las montañas del Norte, en donde cada roca posee una leyenda.

Cerca de Annaberg, en la Misnia, se eleva ante la población una alta montaña llamada el *Piel-Berg*. Al mediodía, hora en que no es costumbre pasear por tales sitios, aparece una hermosa joven, sumtuosamente vestida, y con una magnífica cabellera rubia que cubre su talle.

En el Schlossberg, no lejos de Odruf, en la Thuringia, se ve á una joven que lleva un manojo de llaves suspendidas de la cintura. Dícese que á la hora del mediodía desciende de la montaña, y dirigiéndose á

la fuente de *Harling*, situada en el fondo del valle, se baña en ella, remontándose después á la cima del Schlossberg.

Cerca de Eisenach, en el centro de una caverna abierta en el flanco de las rocas, aparece algunas veces una joven, que no podrá recibir la libertad hasta que alguna persona, al oír tres estórnudos, grite tres veces «Dios os bendiga!»

Sobre el Harz, cerca de Zarg, aldea del territorio de Braun-Schweig, en un punto de Staufenberg, en donde antiguamente existió un fuerte castillo, se muestra la huella de un pié humano: dícese que es de la hija del antiguo señor del castillo, que estampó tal huella en aquel sitio solitario, en donde la agradaba detenerse; se encuentra bajo el poder de un encanto, y se aparece todavía de tiempo en tiempo con sus cabellos rubios y rizados.

Así es que los pueblos del Norte están llenos de estas quimeras: la edad media no ha hecho más que continuar las tradiciones de la antigüedad. La razón ha disipado estas figuras fantásticas, como la luz disipa las sombras; tales fantasías pertenecen á la ciencia de hacernos volver á las nobles sorpresas que hemos perdido, con las emociones poéticas. Ellas contribuyeron á engrandecer con el poder del hombre su admiración á Dios.

## ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

### ARTICULO SEGUNDO.

Con acuerdo de D. José Vazela, el conde de Argelejo había determinado formar el establecimiento general en Fernando Póo, por las ventajas que ofrecía para el tráfico de la costa fronteriza; y por lo que respecta

« ¿Annobón habia pensado guarnecerse con 20 ó 25 hombres que le pudiesen suficientes para la subordinación de los habitantes en tiempo de guerra, no tratando de hacer otra cosa por ser isla pequeña, de terreno fértil, sin puerto ni abrigo. Reconoció el terreno del puerto de San Carlos, se trató de hacer el establecimiento sobre la punta del N. E., donde había un muelle, buena playa de arena, y abrigo para lanchas y botes, y se aprovecharon las tierras de campaña y útiles necesarios para el trabajo, como hachas, picos, palas etc.; pero luego mudó de dictamen el conde, previniendo que no se procediese á la descarga hasta haber tomado posesión de la isla.

La entrega se verificó el día 24 por la mañana, bajando los dos comisarios á tierra con tropa portuguesa y española, y el conde de Argelejo proclamó entonces por soberano de la isla al rey de España, arbolando su bandera, que se saludó; pero en dicha isla había seis ó siete mil personas, que gozaban de una entera libertad, sin haber reconocido nunca por soberano al rey de Portugal, y abandonaron el puerto desde el día que la expedición entró en él; el conde de Argelejo se contentó con tomar posesión de los campos y de los árboles, sin preguntar por los montañases súbditos de S. M. Fidelísima, á pesar de haberle dicho Varela que no admitiese la entrega íntera que el señor Castro no dejase á los habitantes de recibir la dominación española; y vuelto á bordo avisó á Varela que la isla quedaba por el rey nuestro señor, y que en este concepto podían hacer derrota á Annobón cuando le pareciese conveniente, declarándole al mismo tiempo que se creía obligado á desistir del empeño de establecerse en el puerto de San Carlos, porque estando cubierto el terreno de un bosque impenetrable, se necesitaba para desmontarlo gente que no tenía; pues de los 100 hombres que venían á su cargo había 33 enfermos y 22 convalecientes; porque la punta del N. E., que por su situación parecía la mas á propósito, era pantanosa y húmeda, de suerte que antes de ponerse á cubierto, era de temer que enfermase los albañiles y gente que aun no habia subido las falenas, en cuyo caso se verían espuestos á insultos de parte de los habitantes de la isla; y por último, porque el comisario portugués se ofreció á entregar en Annobón con la obediencia del pueblo los edificios necesarios para almacén de pólvora y pertrechos, cuartel y hospital.

Pareciendo sólidas estas razones á D. José Varela, determinó seguir su derrota. En la tarde del 24 de octubre fué á bordo un oficial del ejército con un negro de catorce á quince años, que se prestó á seguirle, después que se le dieron todas las seguridades necesarias de dejarle en el mismo sitio para que se incorporase con una tropa de hombres y mujeres que desde lejos espialaba el trabajo de la marinería. Agasajóle mucho, y el conde le regaló varios objetos de quincalla, entre ellos seis cuécullos flamencos y un paquetó de anzuelos, que recibió con gusto extraordinario. Era muy atezado, bien fornido y de mediana estatura; estaba vestido con un tapa-rabo de hojas de árboles que le llegaba hasta el muslo, y en la cabeza llevaba una peluca de lana negra, y sobre ella un canastillo de cañas trabajado con primor. Los negros del puerto y algunos esclavos de la costa que estaban á bordo, no entendieron su lenguaje. Pusieronle delante algunas banderas de varias naciones, y de ellas solo reconoció la francesa y la inglesa, manifestando suma alegría al ver esta última, y haciendo un desprecio notable de las demás, sin escapturar la portuguesa, que le enseñaban en la fragata *Nuestra Señora de Gracia*: tal era la idea de S. M. Fidelísima que tenían los habitantes de Páo. Restituido el negro al paraje en que se había embarcado, corrió precipitadamente al bosque, sin hacer caso de las señales de amistad con que le despedía el oficial y gente de la tripulación.

Al día siguiente por la tarde salieron del puerto de San Carlos, con una brisa de tierra que fué calmando á medida que se separaban de la costa. Hasta el 29 no perdieron de vista las tierras altas de Fernando Páo; y el día 30 se descubrió la parte septentrional del Príncipe; el O. distante 12 leguas. El 5 de noviembre avistaron al mismo rumbo la isla de San Tomé, y de acuerdo con el comisionado portugués entraron en el puerto, á fin de surtirse de los víveres necesarios para su regreso á España, y de algunas medicinas para los enfermos de la *Solidad*, que entonces ascendían á 70. Hecho el anclaje, se pusieron luego en derribo para Annobón, donde habían de encontrar graves dificultades para reducir la isla. El viaje no fué feliz. El 14 murió el brigadier conde de Argelejo, y á los dos días avisó esta noticia D. José Varela al teniente coronel de artillería D. Joaquín Primo de Rivera, que se hallaba en la *Solidad*, recomendándole que se hiciese reconocer por jefe principal de la expedición. Teñieron luego una horrorosa tempestad de relámpagos, rayos y truenos, con tal oscuridad que no se veían las embarcaciones, lo cual les puso á gran riesgo de abordarse, porque á cada instante cambiaba el viento, y era preciso virar de bordo. Al cabo de una hora vieron la fragata *Nuestra Señora de Gracia* desaholada del mastelero mayor, D. José Varela mandó entonces echar el bote al agua, y envió un oficial á la fragata del señor Castro, para que le ofreciese de su parte cuantos socorros pudiese darle. Lo agradeció este caballero, y le envió á decir que durante la tormenta le habían caído dos rayos: uno á popa que habia lasti-

mado el brazo al capitán, y otro que habia hecho azillas el mastelero mayor, pero sin causar el menor daño á los gañeros, que los dos estaban en la cofa. Pusieronse pues á la obra, dando lugar á que el comandante portugués asegurase el palo mayor y arbolase después el mastelero de respeto, y siguieron el viaje con buen tiempo y sin otra avería.

El día 26 á las cinco y media de la tarde llegaron á Annobón, dando fondo en la ensenada que estaba á la banda del Norte, como á media milla de la población de Páo, que es la principal de la isla. Al día siguiente arreglaron los dos comisarios algunos puntos relativos á la guinea, y paró que esta se hiciese quietá y pacíficamente, previno el señor Castro por uno de sus oficiales á D. José Varela, que tomase las providencias necesarias para que por medio de sus súbditos no llegasen á penetrar los isleños el objeto del viaje; y aunque esta proposición pareció á Varela poco digna de parlar de un sujeto que estaba autorizado para transmitirle los derechos y posesiones de su gobierno, tomó sin embargo el partido; ocultó el asunto, á los negros que fueron á su bordo les regaló vino, aguardiente y tabaco del Brasil para ganar su confianza, y envió al que hacia de *Capitan Mor* una pieza de colonia de la India, y una abundante provision de licores de Europa. El día 28 por la mañana bajaron los comisarios á tierra con una escuadra portuguesa y un lucido acompañamiento de oficiales de marina y del ejército de ambas naciones. Al tiempo de entrar en el pueblo se les presentó el capitán Mor y los condujo á la iglesia, en cuyas inmediaciones habia una multitud de mujeres que formaban la mas extraña perspectiva. Estaban todas de rodillas con guirnaldas de hojas de árboles en las cabezas, y con cruces y rosarios en las manos, en señal de que profesaban el Cristianismo.

Entraron los comisarios en la iglesia, y después de haber dicho misa con las solemnidades y decencia posible uno de los capellanes de la fragata, llamó el señor Castro al capitán Mor y al sacristán, que era uno de los personajes de mas consideracion de la isla, y les mandó que convocasen al pueblo para infamarle las órdenes de S. M. Fidelísima. Junto los habitantes de Annobón en una plazuela próxima á la iglesia, les habló en estos términos: « Informádoe el rey y la reina nuestros señores y soberanos de que los ingleses quieren venir á tomar esta isla, y no pudiendo defenderla por tener otras tierras de que cuidar, han resuelto cederla con todos sus derechos y dominios al rey de España, y así le debeis pura fidelidad y obediencia, como nosotros lo ejecutamos. Puso entonces la mano sobre los Santos Evangelios que tenía abiertos un capellan, é instó á D. Joaquín Primo y á los demás españoles para que hiciesen lo mismo.

El capitán Mor y el sacristán estuvieron un rato suspensos, y empeñándose el señor Castro en que prestasen el juramento, dijeron que no tenían noticia del rey de España, pues nunca habian oido hablar de semejante príncipe. Respondió el señor Castro que el rey de España y el de Portugal eran hermanos, y á fin de que lo creyesen, les aseguró que siendo vasallos del primero tendrían que comer y que vestir, y el capitán Mor segundó en su empleo, con la circunstancia de que después de su muerte se elegiría otro habitante de la isla para que le sucediese. Nada logró con tan lisongeras promesas, insistiendo el capitán Mor y el sacristán en que no conocian al rey de España, en que la isla era pequeña y estéril, y que si la ocupaban los blancos, quedarían ellos esclavos, á lo cual no podian asentir aunque les cortasen las cabezas. D. Luis Cayetano de Castro les ofreció una y mil veces que serian libres con los españoles; pero viéndolos tenaces en su resolución, corrido y consternado volvió á entrar en la iglesia, donde iba á celebrar otra misa el capellan de la fragata *Santa Catalina*. Sin embargo, no se desistió en las diligencias para la reduccion de la isla, como verá el que tuviere la paciencia de seguirnos en el artículo siguiente.

E. F. DE NAVARRETE.

## LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

— ¡Feliz tú, amante no esparimentado, es decir, aun no engañado ni vendido: estás quieto y no te apresuras! ¡Feliz tú si siempre fueras inoportuno! Pero, amigo, no será así, porque la experiencia es muy necesaria sin duda á los hombres, y no te há de querer tan mal á quien tú quieras bien, que engañándole y vendiéndote no te regalase cosas tan necesarias. Esperientemente, ¡oh tú, amante á quien me dirijo, si eres hombre pierde cuidado, que á cargo de las mujeres queda el colmarte del precioso don de la experiencia! Ellas te harán probar los encantos de su inocente falsedad, las delicias de su infantil tigerería, la suavidad de su cándida y amable hipocresía, y los gozos de su pueril malicia. Ellas te enseñarán las reglas de su buena fe, y te aconse-

tumbarán poco á poco á la inseguridad de sus palabras, que no son de caballero, como tú podías acaso pretender, contra la voluntad de Dios, que ha hecho á los hombres para caballeros, y á las mujeres para mujeres; ellas habrán contigo, en fin, una porción de cosas que no están escritas, y con esto, amado amante, te hallarás tan experimentado, que no podrás, gracias á tu experiencia, volver á los pasados momentos de desesperación y de felicidad.

Pero dejémos esto y volvamos á nuestro cuento, que me interesa más que todo.

Después de haber suspirado profundamente siguió diciendo Rafael. —Ma amaba Inés, y su tía me quería mucho y se divertía oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches, cuando no iban á otras sociedades ó al teatro. Estas últimas itamos cambiando al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí de salón en salón detrás de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa; porque para presentarla en sociedad aguardaba yo á tener coche, y una casa donde pudiera mi hermana recibir las aristocráticas visitas de mis amables amigos. Esta fué mi vida durante algún tiempo; pero no duró mucho, porque empecé á hacérseme sentir la necesidad de dinero, y entonces fué cuando traté de veras de hacer algo; pero yo con mi carácter orgulloso á nadie dije mi verdadera posición, y eran además mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto cayó gravemente enferma mi hermana, y crecieron mis apuros de manera que me vi precisado á vender todas nuestras alhajas, que valían bien poco, ó los quince días de su enfermedad, porque se había ya concluido nuestro dinero. La enfermedad hacia cada día nuevos progresos, y como yo no perdónaba gasto ninguno, bien pronto vi que nos íbamos á ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle á V. los dolores que entonces pasé, y los arrebatos de desesperación que bajo mil formas me acometieron. Yo fui entonces un loco, y en vez de acudir á alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, regado por mi orgullo, me decidí á todo, antes que pedir á nadie un ochavo.

Desde un principio había dicho á todos mis amigos que no fueran á mi casa, hasta que tomara una en que mi habitación estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana, por consiguiente durante la enfermedad de Luisa nadie fué á vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, á quien solía ver alguna que otra noche. En fin, aun no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama, cuando se nos acabó el dinero; entonces lo primero que se me ocurrió fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta, y mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me había acostumbrado el corazón á penas, y por consiguiente, aunque nuestro estado no podía ser peor, tenía la energía suficiente para esperar que se mejoraría, aunque sin saber á punto fijo cómo. Mi hermana se puso por lo bueno; pero á este tiempo iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se enteraban nueve onzas. Enese disminuyendo este caudal, hasta que llegó un día en que pagada la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita en que estaba metida, entre una onza de oro, y sólo de plata, las mismas nueve onzas que antes, pero con alguna diferencia en su valor. Yo no había dejado de tener voluntad de dar algunos pasos; pero como cuando vendí la ropa no había vendido con ella los lujosos atavíos de mi tía, que entonces era tan orgullosa que nunca, sentía una invencible repugnancia á presentarme mal vestido; porque esta levita era lo peor de mi haul, y esto me hacía casi hasta huir de mis amigos, cubre los cuales los que podían servirnos que no eran muy íntimos, tenían mucho en qué pensar para acordarse de mí, á menos que yo misma no les obligara á ello, siendo acaso importante. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie, ni nadie era grande amigo mío.

Tanto me abalía la pobreza de mi equipaje, que apenas veía á Inés, con quien me disculpaba como mejor podía, alguna noche que, haciendo un grande esfuerzo sobre mí mismo, iba á su casa. Ella padecía con esto muchísimo, pero yo padecía mucho más.

Al fin para acabar pronto, un día que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posición, viendo que si estábamos así sin hacer nada, no sólo se nos iba á acabar el dinero, sino que íbamos á entendernos en la casa en que vivíamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera que fuera barato, con lo que conseguiríamos no vivir en Madrid, hasta que la suerte mejorara, y vivir muy barato, y cuanto más barato mejor; porque no teníamos más que veintinueve duros, y esta era toda nuestra vida. Entonces yo, que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa, y encontré esta, donde según mi ajuste podemos vivir sin temor de deudas, á las que temo yo más que á la muerte, y más que al diablo, tres tres meses. Antes de venirme á vivir aquí, me despeché de Inés y de su tía, diciéndole que asuntos de familia me llevarán á mi país por un tiempo. Aquella noche fué sólo una de las muchas veces de mi vida en que me acordé que es la vida un camino. Llegó de pesadumbre Inés, y á lasa de despedirse se

la fría y atormentadora indiferencia que delante de su tía tenía que fingir, halló medio sin que nadie lo notara de darme un billete. Y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los dos silenciosamente, y jurándonos una y mil veces un eterno amor.

Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar á él para siempre!

Calló Rafael, y encendiendo un cigarro, se puso á fumar aparentando mucha tranquilidad y sangre fría. D. Ramon, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entonces:

—¡Cuidado, amigo mío, si ha hecho V. disparates y tonterías! Si no viera en V. una porción de cosas que me prueban lo contrario, creería que era un loco renunado. ¿Y dígame V., á qué ha venido esa despedida y ese viaje supuesto?

—Res lo he hecho, respondió Rafael, porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estarme enterando en casa hasta ver si la suerte se emienda.

—¿Y hace V. á unta ahora también de aguardar á que la suerte venga, sin llamarla tan siquiera?

—No señor, estoy ya corregido; ahora voy á trabajar, voy á traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, según el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco á poco de aquí, y una vez que me vea fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán, y que me servirán de mucho.

—Hágalo Dios, dijo D. Ramon; y en estas y otras palabras estuvieron largo rato entretenidos, hablando de los sucesos que había contado Rafael, hasta que cada uno se fué á su cuarto, D. Ramon á dormir, y los dos hermanos á padecer, despiertos; ó á soñar padecimientos, dormidos, que es casi lo mismo.

## VI.

Por quien soy te juro, amado lector, que nunca me hubiera podido entrar en la cabeza que pudiese existir un hombre tan desatitudo como Rafael. En el simple modo de contar su historia se echó de ver, sin mas exámen, que es el tal jóven un belliré estyeta de chualto, con menos cosas que un grillo.

Por quien yo siento todas estas cosas es por su pobre hermana; aunque también tiene su parte de culpa, por haber confiado en las locas palabras de su hermano. Pero por mas que lo siento, no dejo de conocer que los dos tienen bien merecida su suerte.

¿Qué plan de vida tenían estos muchachos? ¿En qué pensaban?

Ni tenían plan de vida, ni pensaban en nada sino en imposibles.

¿Y habrá un sólo hombre sensato que no condene esta conducta, y que no se alegre de ver el escarmento que como consecuencia inmediata trae? No, hombres sensatos, no; no os separéis ni por un momento de vuestra sensatez, que tanto valdría simpatizar con estos desgraciados. Nosotros, los hombres sensatos, antes de tener lástima á un infeliz, debemos discutir así:

Hay dos géneros de desgracia, una voluntaria, por decirlo así, y otra forzosa; aunque los desgraciados de ambos géneros padecen las mismas penas y los mismos dolores, sin embargo, hay que tener gran cuenta con el origen de su desventura. Si el desgraciado tiene la culpa de su desgracia, está en el caso de la desgracia voluntaria, y entonces allá se las haya con sus tormentos, que bien merecidos los tiene. Si está en el caso de la desgracia forzosa, ó por mejor decir, inevitable; porque la desgracia fuerza tanto á unos como á otros desgraciados sin que haya ejemplo de que nadie se haya dejado poseer por ella: sino viéndolo á una bestial violencia; si está en el caso de la desgracia inevitable, entonces es otra cosa; ya podemos interesarnos por él, con acastéz.

Así es que en el caso, y vaya un ejemplo, de un pobre baldado que pida limosna, el hombre sin cálculo le dará acaso guiño por su corazón, y sin exámen, si es muy generoso, cuéstrlo ó seis cuartos; pero el hombre sensato, para darle limosna procurará primero saber el origen de la desgracia de este pobre impedido. Por lo pronto ya sabe que está baldado, y que no hay baldado que le gane en cuanto á padecer. Pero no se contentará con esto y averiguará:

1.º Si este hombre tenía ó no precisión de salir de su casa en el día y á la hora en que corrió el viento que causó su enfermedad.

2.º Si la causa porque salió fué causa admisible ó no.

Si este pobre, pues, salió de su casa á trabajar, pero pudo no haber salido, ya el hombre sensato puede tener menos lástima de él, porque hasta cierto punto tiene la culpa de su desgracia; pero si la causa que le sacó de casa no fué el trabajo, sino una mala causa, como por ejemplo el juego ó caso así, en este caso el pobre, lejos de merecer limosna, no merece sino la indignación del hombre sensato. Si después de este examen resulta por el contrario que la desgracia del baldado ha sido inevitable, entonces el hombre sensato, es verdad que ha gastado algún tiempo en sus investigaciones, pero también en cambio, si el baldado de la pobre entró ó seis cuartos, él le da seis ó siete.

Y volviendo ahora á Rafael y á Luisa, ¿quién ha tenido la culpa de sus desgracias sino ellos mismos? Pues qué ¿me quieren decir á mí que no hubieran podido ser felices si ellos se hubieran arreglado? ¿No habrían llegado á Madrid con salares de quince mil reales? Pues con esto podían haber vivido lo menos dos años, y en este tiempo haber trabajado uno y otro, que es bien seguro que no hubieran dejado de hallar en qué.

Y para probar que podían haber vivido dos años, voy á echarles yo la cuenta, y veremos si tengo ó no razón.

En primer lugar, quito de sus gastos la enfermedad de Luisa, porque estoy seguro de que no la hubiera tenido si hubiera hecho una vida menos regalada y poltrona, y en seguida paso á decir lo que debieron hacer y cómo debieron vivir.

Así que llegaran debieron alquilar un cuartito amueblado, que como ellos hubieran tenido sus camas correspondientes, les hubiera costado echando por largo, seis reales: bueno. Esto ya arreglado, echando siempre por largo, yo les sacaré la cuenta diaria, y sabremos lo que les hubiera costado su manutención.

Empezaré por el desayuno y se le dará de chocolate, que es el que estarían acostumbrados. En esto no quiero yo que sufran privación alguna. Yo quiero que tomen su chocolate correspondiente, si no tan bueno como el que hasta allí habían tomado, por lo menos arreglado á su posición, que no era ya la de antes. Pues bueno; en este supuesto, dos onzas de chocolate á ocho reales libra, importan un real.

Pero mejor será poner aquí la cuenta diaria, como ellos debieron haberla arreglado.

Cuartos.	
Chocolate . . . . .	8 $\frac{1}{2}$
Bollos . . . . .	4
Pañ. . . . .	12
Cerve . . . . .	25 $\frac{1}{4}$
Tocino . . . . .	8 $\frac{1}{2}$
Garbanzos . . . . .	3
Verdura . . . . .	2
Huevos . . . . .	5
Agrios . . . . .	10
Velas . . . . .	2
Postres . . . . .	4
Para especias, sal y otros gastos . . . . .	5
Suma . . . . . 87 $\frac{1}{2}$	

Importa todo ochenta y siete cuartos y medio, que hacen diez reales y dos cuartos y medio, que unidos á los seis reales de cuarto, hacen diez y seis reales y dos cuartos y medio todos los días. Que yo quiero que importen al mes, por el pico de los dos cuartos y medio, que bien podría economizarse, quinientos reales justos.

He aquí demostrado matemáticamente, y collado que en las matemáticas no cabe engaño, lo aquí demostrado que pudieran haber vivido Rafael y Luisa el tiempo que yo he dicho, aun cuando no hubieran ganado un cuarto, cosa imposible si ellos hubieran trabajado como debían haberlo hecho.

Ellos probablemente hubieran respondido á estos sanos consejos míos, que no habían nacido para esta vida miserable. Pero ya les hubiera contestado, que nadie ha nacido para nada sino para vivir, y que el vivir se consigue comiendo, y que el comer es por sí una necesidad tan grossa, que ni la pueden emboblar las mas regaladas mujeres de los reyes, ni la pueden humillar los desahogados patojos de los pobres.

Ellos me hubieran replicado, que dejando aparte la comida, ellos habían nacido para gozar de otras satisfacciones, en una palabra, para hacer otro papel en el mundo. Y yo les hubiera vuelto á contestar, que esos papeles vienen ya repartidos, yo no sé por qué primer galán, á este teatro del mundo, y que puesto que á ellos por lo visto no les había tocado buen papel, no tenían otro remedio que seguir representando el que tenían, porque la comedia estaba ya empezada, y el director ese de escena, no se curaba del gusto ó disgusto de los representantes, sino de que siguiera la función.

Ellos entonces, jóvenes, llenos de deseos, de esperanzas, de ambición, considerándose y siendo en efecto capaces de desempeñar el papel que apetecían, mejor que el que les habían dado, ó no me hubieran creído, y entonces da cien veces noventa y nueve les sucede lo que años, ó me hubieran creído, y entonces viendo cosa á cara la verdad, hubieran empezado por quejarse del director de escena, y después de mil pesos que hay para llegar á esto último, me hubieran pedido una soga para ahorcarse, y yo se la hubiera dado, y ellos hubieran hecho lo que hubieran querido, aunque yo creo que habiendo tenido la fortuna de olvidarse nada mas que un momento de estas verdades seas, no hubieran hecho nada en contra de sus almas.

Por supuesto que todas estas cosas no vienen aquí á pelo, y mucho

menos cuando yo sé ya todo lo que les sucedió de aquí en adelante á Rafael y á Luisa; pero á mí entender la moral siempre viene á pelo, de donde yo saco en consecuencia que la inmoralidad, su contraria, por ser en todo de ella diferente, ha de montar en silla, y no muy dura. Pero fuera de broma, y dejando aparte estas juguetes de palabras, que no son mas que despropósitos, yo creo que el que escribe, donde quiera que le venga bien, debe sin detenerse arreglar todo lo que de bueno se le ocurre concientemente á la buena moral; porque, y vaya otra digresion, hay tambien moral mala, que es peor si puede ser que la inmoralidad, y tanto menos evitada cuanto menos conocida. Lo bueno por supuesto que en todo tiempo es bueno, y á la moral buena le sucede lo mismo.

Hay sin embargo un codigillo de recetas para hacer ó no hacer, decir ó no decir una porcion de cosas, y á estas recetas quieren llamarlas moral, y á esta moral quiero yo llamarla moral vieja, y quiero tenerla tanta rabia, que se la tengo y no me falla mas que ayuda para echarla á purgajíos á los infernos, con todos los empiricos menguados, que armados de su recetario andan por ahí molestando y sueltando, y no mordiendo á todo el mundo, porque para el valor no hay receta, y ellos no tienen corazon para hacerle. ¿Y si no tienen corazon, quién inspira á esa gente las buenas acciones? Nadie se las inspira, y por eso no las ejecutan; y si no obran mal, que es la única bondad que en ellos tal vez se encuentra, á la debilidad de su miserable organizacion lo debemo: el mundo solo, no la virtud, los contiene, los embaraza y los sujetá. Su cabeza calculista les inspira en cambio infinidad de buenas palabras; pero estas palabras salen de su cabeza heladas, porque su cabeza, privada del amoroso calor del corazon, no es mas que una sucia cobertera de un vaso tan sucio como ella, no es mas que el remate de un mueble cualquiera, el remate de una estufa sin fuego.

Las estufas sin fuego, los órganos sin aire, los hombres sin corazon, y otra porcion de muebles por este estilo, á los que falta lo que esencialmente les hace servir de algo, son los mas inútiles de todos. Ya, teniendo frío, daría la mas rica estufa sin fuego, por unos guantes de lana; daría el mejor órgano del mundo sin fuelles, por un pito; y daría treinta hombres sin corazon, por cada perro de estos que hay carñositos y tratables.

Si todo esto que voy diciendo pareciera inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonasen; y para interesarlos á mi favor quiero decirles yo mismo que por todo lo demas soy un buen muchacho, y que bien sabe Dios que soy capaz de cualquier de sentimiento si dan en ponerme fallas. Ni puedo ser de otra manera, porque yo escribo solo por la negra honrilla de ganar gloria; y por ver logrado este devorador deseo que se ha engendrado en el sitio mas caliente de mi alma volcánica, causandome diversas molestias y otros perjuicios, seria capaz de poner cualquier empeño con mis lectores, para que yo les gustara.

Con algunos ya he puesto yo á costa de una porcion de pasos que he dado, buenas recomendaciones por medio, y han quedado en servirme.

En cuanto á los que yo no haya podido obligar con mis buenos modos, yo puedo hacer otra cosa sino agradecerme como yo me agradezco alijado, y decirles que soy capaz, por atraerme su benevolencia, de ser amigo suyo, que no es poco sacrificio, atendiendo á que entre ellos habrá mucho tonto, mucho necio y mucho hombre inguatable y fastidioso á mas no poder.

Todas estas cosas que parecen insultos, no son mas que pura broma y gaitas que yo tengo de chancéarme.

¿Y quien mas afortunado que yo si quisieran ser algunas niñas todas mis lectoras? ¿Por ellas si que estoy ya dispuesto á dar unos pasos que por mí gloria! Y puesto que tengo esta proporcion, sea luego todo el mundo á cuyos ojos lleguen estas letras, de cómo me ofrece por amigo de todas las mujeres mis contemporáneas, desde los nueve años hasta los noventa inclusive, descontando solo un treinta y tres y medio por ciento, que podrá aceptar ó no aceptar, pues para ello me reservo este derecho. No faltará quien no equibá por qué hago el sacrificio de ser el amigo de tanta niña y de tanta vieja; yo echo mis cuentas, y cargaría gratuitamente despues de la rebaja que el uso de mi derecho concede, con las viejas, las feas y las niñas que pudieran entrar aun en el ciento; con las viejas para aconsejarlas, con las feas para echarlas como perros á mis enemigos, y con las niñas para educarlas de manera que el ser yo viejo, tuviera todavía amigas lindas, que ya que no con amor, suavizaran con cariño la rabia que yo deberá tener de no haberme muerto, si la vida se empeña en divertirse conmigo, haciéndome pasar por todos sus fastidiosos estados. Al fin, hagase amigas mis contemporáneas, que lo demás es cosa de mi cuenta.

¡Oh mujeres! yo bien conozco que me ha de perder el demasiado amor que os tengo; pero no lo puedo remediar, porque séis la única cosa casi buena que encuentro por acá abajo, y acaso, desgracia lamentable y digna de toda atencion (acaso el único lazo que me ata á la vida).

He observado en algunos ratos de ocio en que paso el día, he

observado con bastante disgusto, que todas mis pocas esperanzas de felicidad, tanto las alegres y ligeras, como las concienzudas, graves y profundas, como las de todas clases, cantan y danzan, ó lachlan y se pasean por la cabeza ó por el corazón, ó yo no se por dónde, hasta que ya cansadas adorméscense siempre entre faldas, y protegidas y arulladas y acalladas por una muger. Esto me da á mí muy mala espina, porque mucho me temo que el mejor día del año, en alguno de esos súbitos y ligeros movimientos tan peculiares á la muger, deje caer al suelo, la que las tenga dormidas en su regazo, mis pobres esperanzas y me las estrelle. Quiere decir que cuando esto suceda me desesperaré, y éste es un gran trabajo para mí; pero desde ahora hasta entonces, sabed, hermosas mías, que soy vuestro mas atento, fino, reverente, rendido servidor, amigo, esclavo, amante, todo lo que queráis, menos tercero, quitado el cual encargo y algunos otros, ma tenéis siempre complaciente y á vuestra disposición Vivo en la calle de... pero será mi mayor placer decíroslo de palabra á cualquiera de vosotros que quiera saberlo.

Ahora, disculpado ya de mi inoportunidad, incobarencia, etc., etc., volveremos con gusto á mis reflexiones, que es necesario desengañar-

se, nunca están demás las reflexiones juiciosas para inculcar en los ánimos, sobre todo de los jóvenes, el amor á la vida metódica y arreglada, y el odio al desarreglo y al poco juicio, moralidad que se saca del sucedido de Rafael y Luisa.

Pero á fé que me canso ya de escribir, y voy á dejarlo, porque me parece que no vale esta la pena de estar me aquí encerrado, por el bien del género humano, que es lo que yo aquí me propongo, cuando lo mismo le da al género humano que yo le corrija despues, que ahora.

Voy pues á distraerme de mis profundas meditaciones, entregándome á los placeres con que convida esta excelente corte de Madrid, centro de toda diversion inocente, contando entre ellas el divertido líneo artístico y literario, estremo de civilizacion y de buen gobierno, y medio de irse un hombre, viviendo en ella, ó al infierno derecho y desesperado, ó al cielo tambien derecho, si muere con todos los sacramentos y ha llevado con paciencia una porcion de cosas. Corté es esta en fin, que si se quemara... se quemaría, y nada más.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Catedral de Sigüenza.)

Catedral de Sigüenza

## INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos, y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos ajenos y á juzgar por la ajena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdos paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guantes pajizos y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heroico Madrid; en tér-

minos que al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parasita é improductiva, tan estéril como un arsenal, tan sin consecuencia en la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero, perdonen los que tal aseguran, que dicen un solemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Quisiermos sin embargo concederles que la poblacion madrileña no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la mecánica ni de la física, ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros, ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisól, ni sepa en fin qué cosa sean fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de Preston; ni conozca, en fin, ninguno de los términos de la tecnología fabril; pero en cambio no podrá negárseles que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demás agentes industriales. Nos explicaremos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la Lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer

alguna cosa. — Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha mano y mucha destreza para hacer muchas cosas, hayn habremos tenido para dar por sentado que la heroica villa es una población eminentemente industrial. Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedaría también asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil. — Veamos pues en qué consisten aquellas primeras materias de producción, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indígena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los mas industriales de Europa.

La fabricación mas importante en la villa capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones sucesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo ó inmediato, es la fabricación de reputaciones; fabricación tan ómplia que no solamente sirve al sortido de la corte y salda reales, sino que estienda su comercio y abasteca por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, explotada en grande en Madrid, tiene por ricos vendedores y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Además cuenta como poderosos auxiliares, con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes que no hayan hecho prodigar á algun filósofo célebre en esta profunda máxima: «Lo mas difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.» — Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricación de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una extension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion, y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos anteriores, ignorantes y sembrábaros, en que no se habian inventado aun la prensa periódica y las arengas tribunitias; las publicaciones á real la entrega, y las academias á duro al mes; las cenizas fosfóricas, ni el alumbrado de gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica inteligente á la fábrica de reputaciones patrióticas, heroicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lunares, fosfóricas, eléctricas, vaporesas y piroeléctricas.

En aquellos tiempos menguados de que hablamos, para hacerse un cristiano con su peso de reputacion de santido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despatchaba de tapadillo y con recato, por tal cual aficionado á empirico vergonzante (la fabricación todavia no estaba autorizada legalmente), el cual sitio solia ser la suya villa de algun padre grave, ó el aseado cuarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual padrona eclesiástica, ó la modesta tertulia de algun ex-consejero de la ex-hacienda; y luego que nuestro neólito en la corte hallaba entrada en aquellos heréticos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria llamarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costo su pequeño de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y sus limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergaminesa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y quien sabe si alguna hermita sombra de aquello, ó alguna sobrina rasonada de este, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por via de erras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador! Esto y mas solia obtener la mediante perseverante, el comentario modesto, el lenguaje meliflo y lisonjero, y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegando á adquirir nuestro hombre su correspondiente título de *mozo de granucha*, espedito por aquellas cancellerías, ya era apto para empuñar una vara, ó para regentar una cátedra, para lucir un baston de intendente ó los bordados de la levadura.

¡Ay, bendito Dios, es otra cosa! y la fabricación de reputaciones se vérfica públicamente, sin sujecion á estancos ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin admículos de títulos y diplomas. Las innumerables columnas de los periódicos; la tribuna del parlamento, los salones políticos y avistocráticos, las asambleas científicas e históricas, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las flecosas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y período fijo, por años, por meses, por días y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, prigiona á grande requesta ó con el solo obligado de bombó, confeccionada de gacollita ó de superior calidad, v. g.:

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mochebo despierto y leaguero, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinte y cinco con que si ha de ganarse su valle y su despejo en uno de su fortuna, si ha de conquistar con ellas una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que enerrarse en el estudio práctico de su letrado, que envolverse en el farfugo de los alegatos y en las cláusulas estrambóticas del foro; si medi-

co, ha de asistir diariamente á las salas del hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera del moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la ensenanza, ó desea en fin abrazarse con la santa madre Iglesia, y ocupar un puesto en un capítulo, tiene (segun el antiguo régimen) que *hacer oposicion* á la cátedra ó á la prebenda. — Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien la nacido bien entre-do ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el germen de la elevacion y el *instinto gubernamental*. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que así lo reconozcan los demás; — ¿qué hace nuestro mochebo? — Coge y se embaula en uno de los carruajes de las diligencias postas generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y triancos, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital; y desde la mañana siguiente entaba *al pie de fábrica* el negocio de su reputacion. Para ello empieza por visitar y abastecer la voluntad de sus paisanos y condiscipulos (alguno de los cuales por fuerza ha de ser ministro, ó haberlo sido, ó esperar serlo), introducese en las reuniones políticas y cortesanas, asiste diariamente á las discusiones de las cámaras, se hombra y esplica con los personajes históricos en las salas del Ateneo y del Casino, con los literatos en el café del Príncipe y con los periodistas en sus redacciones; aventura primero en ellas algun suelo ó comunicado para notificar al público su existencia; cultiva luego el folletín ó la gacollita; se sube á mayores y acomete el artículo de fondo; creóese en él de día en día, y su reputacion empieza á hacer espuma; tierte por fin y se desborda *haciendo la oposicion*; pero no la oposicion multitudinaria y compassada de que antes hablabamos á cátedras y prebendas, sino la oposicion tumultuosa, la oposicion gigantesca y usada, *la oposicion al poder*. Y á dos por tres véte aquí á nuestro reciente é ignorado colegial, convertido, como quien nada dice, en una notabilidad política, en un hombre grande, y metamorfosado en ministro, ó cuando menos menos embajador ó consejero.

Pues quiero que no sea aspirante á empleos, ni estudiante de letras, sino que su inclinacion le llame al positivismo y á la forma material. Llévolo como de las nubes en medio en medio de la Puerta del Sol, — de esta gran florita de reputaciones y de gloria, — en más cosas que la puesta, ni mas bolsa que la del prójimo, yo no sé cómo ni á qué precio encuentra quien le administre las primeras dosis de reputacion; pero si que con ellas le veamos de la noche á la mañana

#### «Estendarse, crecer, forar las nubes»

y arriesgar en la Bolsa operaciones fabulosas, y contratas con los poderosos de vecino á vecino, y arastrar coches, y habitar palacios, y bailar en fin como uno de los astros del mundo financiero.

La industria madrileña, la fábrica de fama al parlador hace á veces prodigios, y no solamente se ocupa en crear posiciones y en levantar fortunas, sino que hasta se puede decir que da vida, valor y animacion á la misma figura material. — Tal jóven, por ejemplo, que con el modesto dije del campo ó de la aldea pasaba desapercibido en ella, y cuando mas mas atraía las miradas del ama del cura ó de la maestra de niñas, viene á Madrid á pretender acomodado, y gracias á la sabia tijera de Utrilla ó de Peró (grandes fabricantes de reputaciones en-corte), gracias á los guantes del *regenerador de la canosa*, gracias á las joyas de *Miro* ó al peine *Civilizador de fierros*, vémosle salir de sus manos hecho un Apolo de Belvedere; servir á las damas de objeto visual en tertulas y paseos, de evérida á los mochebos en el casón, en el picadero y en el café. — Pues merced á esta brillante aureola, hijo incluído de la calle de la Montera, nuestro mozo *acosa* á subscribir la valisiera probanda de una vieja ricachona, ó incluso el corazón juvenil de una rica heredera, que acaba por entregarle en posesion su blanca mano y su dorado capital.

Y si el ejemplar recién venido á la villa deloso y del madroño pertenece al sexo que por pura galanteria llamamos bello, cuántas bendiciones oscurcidas en un rincón de Aragón ó de Castilla, cuántas bendiciones ya y pasadas de moda en las campañas y salmas de Andalucía y de Valencia, no vemos volver á rebatir de nuevo con mayor esplendor, merced á la fama vengingera de los infatigables talleres del Balón del Prado, en fuerza de la cooperacion benéfica de *Madama Perrand de Momi y Armstrong*! — La industria madrileña óhó tambien aquel fenómeno, señaló aquella estrella, descubrió y puso en evidencia aquel tesoro escondido hasta entonces á las márgenes del Ebro ó del Tura, del Eriema ó del Guadaquivir.

El alma no comprada en su modesto pueblo, viene tambien á revolvete en el país por medio y con el magico auxilio de la trampa matrimonial. Cimentada *meditaciones* y *descubrimientos* producidos por una tierra lisa, no habían logrado llamar la atencion ni dar las miradas de los indolentes ó incapaces curules de nuestro vale; y su espíritu ideal é hiperbólico estaba reducido á la triste condicion de pensarse las buenas ó malas cosechas, de educar sobre la venta de

las lanas ó del ganado, de combinar los mecánicos aparatos del taller. Pero llega á Madrid, y recibido incontinenti de literato en cualquiera de nuestros cafés, ó en el vestuario del teatro, brota el raudal de su inagotable vena, é inunda revistas y folletines; traduce comedias, hace la cenara de las obras que otros escribieron y el no entendió; y á fuerza de repetir su nombre por las cien bocas de la fama y los cien mil caracteres de la imprenta, logra imponerle á la sociedad como una pesadilla inevitable, monótona, fantástica y perpetua; logra salvar los límites de Madrid y su rastro, volar por los campos y penetrar en las poblaciones, inclusa la apartada y modesta aldea donde vió la luz primera, y que en todo pensaba menos en sospechar que en aquel engendro mezquino y casi ignorado de ella, había hecho á la patria el regalo de un genio mas.

Por este estilo prolongaríamos indefinidamente las citas ó indicaciones de los maravillosos artefactos de la industria matritense, poderoso zohori que penetrando con certera vista las capas superficiales de la inteligencia humana, descubre los tesoros escondidos bajo un vulgar exterior; fecundo manantial que sabe convertir en campo fructífero y frondoso el arenal estéril; admirable artista que acierta á sacar del barro tosco é inanimado, del tronco de piedra bruta, la estatua colosal y perfecta que nadie adivinó; y maravilloso Proteo que convirtiéndose luego en vehículo de comunicación instantánea, transmite y pregona hasta el último confin de la Península sus admirables descubrimientos, sus altísimas elucubraciones, los sorprendentes resultados de su potencia industrial.

¿Y habrá todavía quien niegue á Madrid el rango que le corresponde entre las poblaciones fabriles por excelencia? ¿Habrà quien nos pretenda encarecer los productos de la prosaica industria de otros pueblos de España, en competencia con la sublime especialidad que dejamos asignada á la capital? ¿Hablará Barcelona de sus blondas y tejidos, Valencia de sus sedas, Vizcaya de sus hierros, de sus vinos Jerez ó Valdepeñas, de sus paños Tarrasa, de sus armas Toledo, de sus lanas Estremadura, ó de sus productos agrícolas Andalucía, Castilla y Aragón? ¿Pero qué son todos estos frutos perecederos de una industria material, comparados con los inmortales y sublimes de la industria matritense, de la explotación de la fama, y del beneficio del campo de la gloria? ¿Qué son, por ejemplo, una máquina ó un delicado tejido, producidos por la invención y el trabajo de los hijos de Barcino, al lado de uno de nuestros sabios en corte, políticos y literatos, improvisados al menor giro de la gran máquina de reputaciones de la Puerta del Sol? ¿Qué significa el descubrimiento de un nuevo y argentado veneno, hecho por la perspicacia é inteligencia de un afortunado ingenio, en comparación del de una notabilidad parlamentaria, del de un nuevo poeta, regalado á nuestra patria por las activas prensas de la capital? Sevilla y Toledo presentarán sus fundiciones y construcción de armas guerreras; Asturias y Vizcaya sus nobles alcurnias y rancios pergaminos; Salamanca y Sevilla los aprovechados hijos de sus escuelas; Barcelona y Valencia los libros de sus prensas, y los variados productos de sus talleres; á todo puede contestar Madrid con ventajas con la fabricación indefinida de genios y de hombres grandes para el sortido de todo el reino, de oradores, de literatos, de poetas para todo el resto de los españoles, de héroes y generales para todos los ejércitos de Europa, de títulos y próceres para todos los estados del mundo; y á todos los resúmenes industriales de aquellos pueblos, podrá contestar ufano con el espléndido balance anual de la inmensa fábrica artesana, ¡con la Guía de forasteros!

#### EL CURIOSO PARLANTE.

### EL ANGEL DE LA MELANCOLIA.

#### INTRODUCCION.

Ven á mí, ven á mí, que estoy sediento  
De ver el resplandor de tu belleza,  
De aspirar el aroma de tu aliento,  
De percibir tus himnos de tristeza.  
¡Hé aquí mi corazón! ¡Hé aquí mi ira!  
Baja pues como en noche del estío  
Rayo de luna que consuelo inspira,  
Refrigerante lluvia de rocío.

Rico de amor, y con el alma llena  
De misterioso afán y de amargura,  
Anhelo descubrir tu faz serena  
Por encontrar consuelo en su ternura.  
¿Dónde, espíritu, estás? ¿Será que en vano  
Te llamarán mi llanto y mis gemidos?  
¡Nunca verán tu rostro soberano  
Mis tristes ojos en tiniebla hundidos?  
Mas, ¡oh! Ya suena por el ancho cielo

El sonoro murmullo de tus alas...  
Óigo cerca de mí tu blando vuelo...  
Siento el aroma celestial que exhalas...  
Ya distingui tu blanca vestidura  
Entre la roja tinta del ocaso...

#### EL ÁNGEL.

¿Qué me quiere la voz de la amargura?  
¿Soy yo la dicha del mortal acaso?

¡Oh tú que así me llamas  
en lágrimas deshecho,  
pues mis consuelos amas,  
yo bajaré á tu pecho,  
velado en la luz cárdena  
del moribundo sol;

Y enjugaré tu llanto  
de amor y desconsuelo;  
te inspiraré mi canto,  
y huiré cuando en el cielo  
muestre la aurora angélica  
su azul y su arrebol.

Yo tengo entre la sombra  
mi incógnito palacio,  
que tiene por alfombra  
las nubes del espacio,  
donde con voz dulcísima  
habla la soledad.

El duelo y la amargura  
no pasan sus umbrales:  
la paz y la ternura  
lo habitan inmortales,  
vertiendo dulces lágrimas  
de amor y de piedad.

No tienen mis jardines  
vistoso mar de flores,  
ni sueltos colorines,  
ni alegres ruiseñores,  
ni los arroyos límpidos  
murmuran á mis pies.

En ellos solitaria  
nace la sensitiva,  
la dulce pasionaria,  
la fierna siempreviva,  
y como doble símbolo  
la palma y el ciprés.

Allí van los lamentos  
del alma atribulada,  
que sufre en los tormentos  
y espera resignada:  
allí suben las súplicas  
del infeliz mortal;

Y en vez de bulliciosos  
cantares de alegría,  
los ayes amorosos  
que la tristeza envía,  
son la apacible música  
que suena celestial.

Y ya que dirigiste  
á mi tu voz doliente,  
como el lamento triste  
del huérfano inocente,  
yo enjugaré tus lágrimas,  
yo te daré mi amor.

Y en cariñoso empeño  
te velaré de día,  
y arullaré tu sueño  
cautando al arpa mía  
la gloria de los miseros,  
el triunfo del dolor.

#### EL ALMA.

¡Oh, si: ven á mí, ven! Tan sólo quiero  
Sentir con fé tu dolorido canto.  
Como divino acorde lastimero,  
Que me viene á inspirar en estro santo.  
¡Así tu aliento celestial me inflama  
Para que noble ardiendo el alma mía,  
Por las cuerdas del arpa se derrame  
En undoso torrente de armonía!

Mas, ah! ¿Qué sueño de feliz reposo  
 Por mis cansados miembros se difunde?  
 ¡Brilla á lo lejos horizonte hermoso!  
 ¡Fuego divino por mis venas cunde!  
 Y llegan hasta mi cantos henchidos  
 De una vaga esperanza de victoria...  
 Mezclados van con llanto y con gemidos...  
 ¡Serán tal vez los ecos de tu gloria?  
 ¡Son himnos de dolor y desconsuelo!  
 ¡Son la voz de los tristes! ¡son su llanto!  
 Espíritu de amor, baja del cielo...  
 ¡Ve tambien á su voz una mi canto!

Agosto 1831.

ANTONIO ARNAO.

**MADRIGAL.**

No pides á mi labio balbuciente  
 El nombre celestial de la que adora:  
 Amor es niño y huye de la gente;  
 Derramado el perfume se evapora.  
 La flor, del beso de las auras vive,  
 La quema el rojo lumenar del día;  
 De tu aliento mi amor vida recibe;  
 Mi aliento es un volcan: la quemaría.  
 Tú con instinto embio

Hallas del corazón siempre las llaves.  
 Deja callar al labio,  
 Para saber mi amor harto ya sabes;  
 Porque el amor que calla,  
 En gritos mil dentro del pecho estalla.

V. BARRANTES.

**MUERTE DE GUILLERMO EL CONQUISTADOR.**

Guillermo I de Inglaterra estuvo frecuentemente en guerra con Felipe I de Francia, envidioso con exceso de un enemigo que poseia á la vez el ducado de Normandía y el cetro de Inglaterra. Cuando Guillermo entró en edad se puso demasiado grueso, y deseando enflaquecer, se sometió á un riguroso plan higiénico que le obligó á hacer cama por algun tiempo. Habiendo llegado esto á oídos de Felipe dijo irónicamente: «El rey de Inglaterra está de parto.» Se le contó esto á Guillermo, quien dijo enfurecido: «Sí, y cuando salga á misa, haré que las velas ardan lo bastante para que alumbran toda la Francia.» No bien estuvo en disposicion de montar á caballo cuando entró en el territorio francés destruyendo y devastando cuanto encontraba por delante. Llegó hasta Nantes, á quien puso inmediatamente fuego; pero como cabalgaba por medio de las calles para ver el incendio, herido su caballo por algunos objetos encendidos, principió á botar hasta arrojar al rey con tal violencia que recibió un fuerte golpe con el arzon de la silla, que le obligó á que le llevaran á Rouen, donde murió poco después.



(La pradeta.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid — Imprenta del Seminario Pictórico y de Las Artes, á cargo de D. G. Allambra, Jacometrezo 26.